

Elegía mayor a John Donne

Iosif Brodsky

Traducción del ruso: José Prieto

Versión: José Prieto y Emilio García Montiel

El Brodsky de Elegía Mayor a John Donne es un joven poeta lenin-gradés –o, quizá, desde siempre peterburgués– de tan sólo 23 años. Muy pronto, Brodsky descubrió bajo sus pies la senda que habían transitado los grandes de la poesía rusa de este siglo: Osip Mandelstam, Boris Pasternak, Marina Tsviétáieva y Anna Ajmátova. Esta última alcanzó a darle la bienvenida al joven bardo, consumir el relevo simbólico en la estafeta.

Ningún poeta ruso ha recurrido al encabalgamiento en la medida que lo utiliza Brodsky. Una lectura en alta voz de la Elegía mayor –rimada como casi toda la poesía rusa– somete al oyente a una avalancha sonora, produce la sensación de un crecimiento vegetal de palabras: el censo de un universo que el poeta pretende agotar nombrando las cosas, enumerándolas.

Brodsky, traductor de varios idiomas –entre ellos el español– ha vertido al ruso la obra de John Donne. Nosotros hemos querido poner en español su homenaje al gran poeta inglés, intentar cerrar el círculo.

J. P.

John Donne se ha dormido. Duerme todo en derredor.
Duermen el piso, el lecho, los cuadros, las paredes.
Duermen la mesa, la alfombra, el cerrojo, la aldaba,
el aparador, el ropero, la vela, las cortinas.
Todo se ha dormido. El garrafón, el vaso, las jofainas,
el pan, el cuchillo del pan, la porcelana, el cristal, la vajilla,
la lámpara pequeña, el reloj, la ropa blanca, los armarios,
el vidrio,
los peldaños, las puertas. En todo está la noche.
La noche está en todo: en los rincones, en los ojos, en las sábanas,
en sus papeles, en la mesa, en el discurso a punto,
en sus palabras, en la leña, en las tenazas, en el carbón
del frío hogar, en cada cosa.
En el chaleco, en sus borcegués, en los calcetines, en las sombras,
en el espejo, en la cama, en el respaldo de la silla,
otra vez en la jofaina, en las sábanas, en el crucifijo,
en la escoba que está junto al umbral, en los zapatos. Todo se ha
dormido.
Todo duerme. La ventana. Y la nieve en la ventana.
La blanca vertiente del techo vecino, su remate en mantel.
Y todo el barrio duerme cortado por el bastidor de la ventana.
Se han dormido los arcos, las paredes, las ventanas,
los adoquines, las fachadas, las rejas, los macizos del flores
(no se enciende una luz, no gime una rueda),
las verjas, su ornamento, las cadenas, los guardacantones.
Se han dormido las puertas, los anillos, sus manijas, las aldabas,
los cerrojos, sus llaves, las fallebas.

No se escucha un murmullo, un susurro ni un golpe.
Sólo la nieve cruje. Todo duerme. Falta mucho para el amanecer.
Se han dormido las castillos y las cárceles.
Duermen las balanzas en las pescaderías. Duermen los cuartos
de cerdo.
Duermen las casas y los patios. Duermen los perros de presa.
En los sótanos, los gatos duermen, apuntan sus orejas.
Duermen los ratones y las gentes. Londres duerme profundamente.
Duerme el velero en el puerto. Bajo su casco,
el agua y la nieve susurran en su sueño,
y se funden en la lejanía con el cielo dormido.
John Donne se ha dormido y el mar junto con él.
Y la costa, como de cal, duerme junto al mar.
Toda la isla duerme sumida en un único sueño,
y a cada jardín lo cierran tres candados.
Duermen los arces, los pinos, los hojaranzos, el pinoabeto, el abeto.
Duermen las laderas de las montañas con sus riachuelos y sendas.
Las zorras y el lobo duermen. Entró el oso a su guarida
la nieve ciega la entrada de las madrigueras.
Los pajaros duermen. No se escucha su canto.
Es de noche. No se oye ni el graznar del cuervo
ni el reír de la lechuza. Calla la inmensidad inglesa.
Titila una estrella. Un ratón corre culpable.
Todo está dormido. Yacen en sus ataúdes todos los muertos,
duermen en paz.
En sus lechos, los vivos duermen en sus camisas anchas como mares.
Solitarios; profundamente. Duermen abrazados.
Todo se ha dormido. Duermen los ríos, las montañas, el bosque.
Duermen las fieras, los pájaros, el mundo muerto, el vivo.
Sólo la blanca nieve cae del cielo nocturno.
Pero allá, sobre nuestras cabezas, también duermen.
Duermen los ángeles. El inquieto mundo está olvidado,
y los santos duermen para su santa vergüenza.
Gehena duerme, y duerme el bello Paraíso.
Nadie se aventura afuera en esta hora.
El señor está dormido. La tierra es ajena.

Los ojos no ven, nada capta el oído.
Y el diablo duerme,
y duerme también la enemistad sobre la nevada campiña inglesa.
Duermen los jinetes. Duerme, con su trompeta, el Arcángel.
Y duermen los caballos, y se mueven al compás de su sueño.
Y los querubines duermen, abrazados bajo la cúpula de la iglesia
de Pablo.

John Donne se ha dormido. Se han dormido sus versos.
Todas las imágenes y todos los ritmos,
el hallazgo feliz junto a la rima débil.
El vicio, el tedio, los pecados:
todos callan por igual, reposando en sus sílabas.
Y cada verso susurra a su vecino: hazme espacio.
Pero están tan lejos de las puertas del Paraíso
y son tan pobres, tan densos y tan puros que los habita la unidad.
Todas las líneas duermen. Duerme la severa cúpula de yambos.
Los coreos, a ambos lados, duermen como centinelas.
Y duerme la visión que habita las aguas de Leteo.
Y algo más, la fama, duerme profundamente.
Duermen todas las desgracias. El sufrimiento duerme.
Duermen los vicios. El mal abraza al bien.
Los profetas duermen. La blanca nevada
busca en el espacio algunas manchas negras.
Todo se ha dormido. Duermen los libros, apilados.
Duermen los ríos de palabras, cubiertos por el hielo del olvido.
Duermen todos los discursos, con todas sus verdades.
Y duermen las cadenas de ideas, gimen sordamente sus eslabones.
Todos duermen profundamente. Los santos, el diablo,
Dios y sus terribles sirvientes. Sus amigos, sus hijos.
Sólo la nieve susurra en los oscuros senderos.
Y no se oye otra cosa en todo el ancho mundo.

Pero escucha, presta oído: allá en las frías tinieblas
alguien llora, alguien susurra aterrorizado.
Alguien, allá, se encuentra a disposición del invierno.
Y llora. Hay alguien allá, en las tinieblas.

¡Es tan fina su voz! Fina como una aguja.
Pero sin hilo alguno. Y boga entre la nieve, solitaria.
Zurciendo la noche con el amanecer. En torno sólo frío y brumas...
¡Y tan agudo es su tono!
“¿Quién llora allí? ¿Eres tú, ángel mío,
que aguardando bajo la nieve espera –como quien espera el regreso
del verano–
la vuelta de un amor, y envuelto en sombras va camino a casa?
“¿Eres tú quien grita en las tinieblas?” No hay respuesta.
“¿Son ustedes, querubines? El sonido de estas lágrimas
me hace recordar su triste coro.
¿No habrán decidido abandonar, de pronto, mi catedral dormida?
¿Son ustedes, son ustedes? Silencio.
“¿Serás tú, Pablo? –Aunque no; se te ha engrosado
la voz en tus severos discursos.
¿Serás tú quien, gacha la caba cabeza, llora?
Sólo el silencio vuela a mi encuentro.
¿No habrá cegado mi vista aquella mano
que aquí abajo encontramos por doquier?
¿Serás tú, Señor? Tal vez mi idea te parezca absurda,
¡pero tan alta es la voz que llora!”
Silencio. “¿Quizá tú, Gabriel, has soplado tu trompeta
y alguien ladra ruidosamente?
Pero, no he hecho más que abrir un ojo,
y los jinetes ya ensillan sus cabalgaduras.
Todo duerme profundamente. En brazos de la sombra impenetrable.
Y los galgos abandonan los cielos en tropel.
¿Serás tú, Gabriel, que en pleno invierno
lloras solo, a oscuras, con tu trompeta?”

“No, John Donne, soy yo, tu alma.
Aquí, a solas, afligido, me lamento en el cielo,
por haber dado a luz con mi trabajo
pensamientos e ideas pesados como cadenas.
Gravado aún por esa carga pudiste
volar entre el pecado y las pasiones, y aún más alto.

Fuiste un pájaro y viste a tu pueblo por doquier,
sobrevolaste los tejados, avistaste los mares,
todo el lejano confín, y descubriste el Infierno que en ti habita,
aquél que te aguardaba en la vigilia.
También viste el radiante Paraíso
rodeado por las más tristes pasiones.
Pudiste verlo: la vida es como tu isla.
Y en medio de este océano te hallaste:
cubierto solamente de tinieblas, sólo tinieblas y aullidos.
Sobrevolaste a Dios y corriste de vuelta.
Pero tu carga no te dejará volar a las alturas,
desde donde el mundo no es más que ciento de torres
y cinta de ríos, y desde donde, si miramos hacia abajo,
el juicio final no infunde ningún miedo.
El clima es allí, en ese país, inalterable.
Desde allí todo resulta el sueño de un enfermo.
El señor, desde allí, es apenas la luz en la ventana de una casa
distante en una noche sombría.
Hay ciertos campos que el arado no muerde por años,
ni por siglos.
Sólo el bosque yergue sus paredes en derredor,
y sólo la lluvia danza aquí sobre la alta hierba.
Aquel primer leñador –que en un flaco rocín corre hacia allá,
vagando temeroso en la espesura–
sube a un alto pino, por si divisa fuego en el valle que a lo lejos se
extiende.
Todo, todo se queda en lejanías, en un confín incierto. Despacio,
su mirada resbala por lejanos tejados
Es mucha la luz. No se oye ladrar los perros,
Y el doblar de las campanas tampoco lo alcanza.
Y comprende entonces que todo está en la lejanía.
Y tira bruscamente de las bridas
enrumbando su caballo hacia los bosques.
Y al instante las bridas, el trineo, él mismo y su caballo blanco
se convierten en un sueño bíblico.

Y me lamento, y lloro. No hay salida.
Está escrito que he de volver a esas piedras.
No podré alcanzar aquello habitando esta carne.
Sólo con ella muerta podré volver allá.
Sí, sí, quedarás sola. Te abandonaré para siempre, mi luz, en la
 húmeda tierra,
y serás olvidada para siempre.
Cuánto me tortura el infructuoso deseo de seguirte,
de zurcirt^o a mi carne y zurcir la separación.
Pero, ¡silencio! Mi llanto altera tu reposo;
sin fundirse, la nieve vuela en las tinieblas y zurce nuestra
 separación;
vuela la aguja de un lado a otro.
No soy yo quien llora; éstos, John Donne, son tus lamentos.
Yaces solitario, y la vajilla duerme en sus estantes,
mientras la nieve cae sobre la casa dormida,
mientras la niebla cae, en tinieblas, desde el cielo”.

Semejante a los pájaros, él reposa en su nido:
confiándole, de una vez y por todas a una estrella
–oculta ahora tras las nubes–, sus ansias de mejor vida y de camino
 puro.

Semejante a los pájaros, su alma es pura,
y su laico camino, que seguramente atraviesa el pecado,
es más natural que el nido de un cuervo
sobre la mancha gris de los nidos de estorninos.
Semejante a los pájaros, también él despertará un buen día.
Ahora yace bajo el blanco cobertor que ha zurcido la nieve,
enhebrando con sus sueños el espacio entre su alma y el cuerpo
 dormido.

Todo duerme. Pero esperan su fin dos o tres versos,
que abren las bocas mostrando sus disparejos dientes:
dejémosle el amor laico a los cantores,
y el espiritual, a los abades.
Da igual en cuál rueda vertamos estas aguas:
pues seguirá moliendo el pan de cada día.

¿Si en vida nos es dado compartir nuestra suerte,
con quién, ya muertos, compartiremos nuestra muerte?
Hay un agujero en el gran lienzo.
Quien lo desee puede hacerlo jirones. Se marcha. Volverá más tarde.
¡Un nuevo embate! Y sólo la bóveda celeste en las tinieblas,
toma a veces la aguja de sastre.
¡Duerme, duerme John Donne! Concilia el sueño, no sufras.
Muchos huecos descubro en tu casaca. Cuelga triste.
Quizás asome tras las nubes
la estrella que por años ha guardado tu mundo.

1963